

VICTORIA OCAMPO EN *EL ARCHIPIÉLAGO*.  
 RECUERDOS DE INFANCIA Y SOCIEDAD

Dolores Comas de Guembe  
*Universidad Nacional de Cuyo*

Cuando Ortega y Gasset se preguntaba, en 1923, por qué Francia es el país donde se han escrito más "memorias" y España exhibe tan pocos libros de recuerdos, concluía con acierto que "la cosecha de Memorias en cada país depende de la alegría de vivir que sienta. Los franceses son la gente que se complace más en vivir. Encuentran que, buena o mala, la vida es siempre deliciosa si se acierta a degustarla..." . Incluso amplía esta primera reflexión afirmando seguidamente sobre el género:

[...] las Memorias son un síntoma de complacencia en la vida. No basta con haberla vivido, sino que gusta repasada. Recordar es hacer pasar de nuevo el río antiguo por el cauce cordial. Es dar palmadas en el lomo a la existencia pronta a partir. Las Memorias son el resultado de una *delectatio* morosa en el gran pecado de vivir.

Prosigue en esta misma línea cuando equipara este goce de vivir de los franceses y su complacencia en describir todas las formas dulces o amargas de la vida cotidiana cuando hermana las memorias y la novela como "dos maneras gemelas de acariciar la existencia".

Cabría ahora preguntarse hasta dónde Victoria Ocampo, que  
 - por esos años meditaba en los Cantos de Dante, volcaba este gozo de vivir a través de sus -especulaciones sobre Francesca y Beatrice, dos *animae* fundamentales en la sensibilidad occidental y de qué manera

lo realiza en sus escritos testimoniales, especialmente los autobiográficos.

Desde nuestra privilegiada situación actual, la fundadora de *Sur* aparece con caracteres muy definidos. Si bien testimonia sobre cada uno de sus presentes -artículos y ensayos publicados entre 1920 y 1979 - con su *Autobiografía*, seis libros escritos a partir de 1952 y publicados póstumamente, reconstruye parte de su pasado privado y al mismo tiempo recompone el pasado de sus ancestros, su trayectoria histórica en la sociedad argentina naciente.

En esta reconstrucción no se deja absorber por la visión puramente intelectual del pasado, sino que con gracia y autenticidad impone su perspectiva privada sobre los acontecimientos, distribuyendo y organizando, recortando figuras de los grandes sucesos y trazando, en suma, un paisaje histórico vital y subjetivo no exento de verdad. Y en esto, la autora no se aparta de una de las condiciones del género "Memorias", que exige que el autor se mantenga fiel a su punto de vista subjetivo e individual. Y es ésta, justamente, una de las facetas más agradables de esta forma autorreferida, ya que despliega la vida menuda, reverso del tapiz histórico, sintetizando los grandes sucesos. Dice Ortega que "la historia es vida pública, y a ésta se llega machacando innumerables vidas privadas. En las Memorias vemos descomponer la nebulosa histórica en los infinitos e irizados asteriscos de las vidas privadas"<sup>4</sup>.

Allí imagen del tapiz con su haz y envés se agrega la que descubre en estas formas una especie de sinfonía, en donde las Memorias aciertan a exponer los diferentes temas y la Historia, en el fondo, realza y da sentido a los temas expuestos por el memorialista.

Am

bas imágenes nos permiten afirmar que, en el caso de Victoria Ocampo, los temas menudos -infancia, padres, hermanas, las diferentes casas, institutrices, con sus lecciones en francés o en inglés son el primer plano de una clase social enraizada en suelo criollo que testimonia tanto una tradición familiar como una línea política nacional con sus adhesiones y simpatías. Su escritura de gran intensidad vital se despreocupa de la censura mezquina, en un juego limpio

con el recuerdo y la verdad. Victoria Ocampo nunca consideró que

fuera "una indecencia escribir lo que se siente". Sabía además que "en el mundo /hay/ gente de buena voluntad, es a ellos a quienes se dirige y para ellos para quienes se escribe" S .

Además Victoria Ocampo consideraba al escribir sus Memorias que no basta la intención de buceo consciente, ni la de intentar ofrecer un reflejo fiel, ya que "puede ocurrir que en las autobiografías en que la preocupación por la sinceridad es ardiente y manifiesta, llegue un momento en que aquél *que uno fue* se sustituye, sin saberlo nosotros, por el *que uno hubiera querido ser*"<sup>6</sup> .

Incluso cabe preguntarse hasta dónde la vanidad o la *delectatio* morosa en el gran pecado de vivir, se hincan en el más seguro de los propósitos, deformando la propia épica y organizando la propia impostura. .

La obra autobiográfica propiamente dicha de Victoria Ocampo está constituida por seis volúmenes. Al primero de ellos, denominado *El Archipiélago*, vamos a dedicar nuestro análisis. El título hace referencia a un mar poblado de islas y en forma figurada a *difícil de enumerar por su abundancia*. El vocablo traduce de modo inmediato una imagen visual rica y de variados contornos: diferentes superficies en relieve reposando sobre un mar en relativa calma.

Los primeros recuerdos de Victoria son esas islas del pasado, *difíciles de enumerar por su abundancia* que conforman el archipiélago, aparentemente inmóvil, pero que puede recobrar con toda vitalidad, gracias a la intencionada búsqueda. El libro que comenzó a escribir cuando tenía sesenta y dos años -en 1952- consta de 184 páginas, de las cuales 9 componen el "Prefacio"; 50, los "Antecedentes. Los Ocampo, Los Aguirre, Mezcla"; 6, los "Propósitos"; 10, "Hacia el archipiélago"; 15, "El Archipiélago"; 65, "Buenos Aires"; 24, "Le vert Paradis"; 4, el "Apéndice".

Estos títulos evidencian dos modos de enfrentar el pasado. Uno de ellos responde a la convención propia de la escritura autobiográfica que impone la necesaria referencia a los antepasados. El otro, circunscripto a las 15 páginas que conforman "El Archipiélago", propone la lectura de "instantáneas", recuerdos-islas, que refleja en estampas luminosas con un lenguaje despojado y sucinto. Y en este

aspecto Victoria Ocampo ha sido particularmente cuidadosa: organiza un centro de evocaciones narrativo-líricas, ya que enmarca sus recuerdos de infancia con los discursos de índole histórica y de tono anecdótico.

Además Victoria instruye al lector sobre su modo de reconstruirse en este libro. Porque explicita con detalle en cada uno de los capítulos que antecede a cada tipo de discurso, sus diferentes reflexiones sobre el modo de recordar, el tipo de lenguaje que ha utilizado, la documentación de la que se ha servido: notas escritas treinta años antes, cartas, fotos, objetos familiares, sumadas a las continuas alusiones a los diferentes tiempos que superpone y engarza en un discurso continuo y que muestra por paradoja lo discontinuo. Consigue así "fotogramas" estáticos o escritura de una imagen interior afectiva, visualizada como una foto, y "fotogramas" dinámicos secuenciados, con fragmentos de diálogos incluidos. Particularmente precisa es en sus evocaciones infantiles en donde ha anotado cada "instántanea" fundante de su identidad "con toda la fidelidad posible en estos casos y usando el lenguaje más simple e inclusive insulso: el reducido lenguaje de los niños, en que de vez en cuando, si son precoces, aparecen palabras que sorprenden, porque no hacen juego con las habituales" .

Victoria entreteje su composición épica con frases o anécdotas de su infancia, alimentando así el discurso narrativo-reflexivo con interpolaciones evocativo-afectivas. En sus recuerdos suma a la íntima confesión, su discurrir sobre el mundo circundante y no lo supe-dita al momento exclusivo de sus vivencias, sino que atraviesa la realidad hasta el pasado de su familia fundadora. Con ello quiere penetrar el sentido profundo del acontecer y manifestar la actuación que tuvieron los Aguirre y los Ocampo en el quehacer nacional. La intención de buscar en sus raíces es clara: son éstos sus nobles puntos de referencia que abastecen sus también nobles y patrióticas iniciativas. En el "Prefacio" lo manifiesta con fervor:

Aquellas familias pertenecían a una época que ha cumplido su periplo, con las fallas y los aciertos, las cualidades y los

defectos de su tiempo. Representaban un *way of life* en trance de desaparecer ahora.

[oo.] Aquellos hombres y aquellas mujeres han dado al país - que necesitaba tanto sacrificio y subsistía entre tanto sobresalto- lo que eran capaces de dar. ¿Qué más puede exigirse? Han vivido su hora de acuerdo con su conciencias.

Evidentemente su primer libro de recuerdos entraña un examen de la historia nacional y al mismo tiempo de sus antepasados, y en esto sigue las pautas propias de las memorias, pero además , agrega la evocación de las primeras y delicadas impresiones infantiles. Uno y otro quehacer avanzan, retroceden o se conjugan en un juego sin disfraces. Victoria Ocampo se sabe inserta en una historia, en un país, en una época que considera decisiva y en la que la historia privada de su vida se inserta como una pieza fundamental del cambio, de ruptura y' de renovación.

Esta concentración deliberada sobre el pasado y sobre la realidad inmediata son parte de su idiosincrasia y, por ende, de su estilo. Una prueba de ello es que alimenta su imaginario con series de imágenes y asociaciones en directa relación con lo sensorial: lo gustativo, lo olfativo, lo visual y lo sonoro. Su tensión hacia las personas y la cultura, sus afecciones espirituales y sentimentales las denomina sencillamente *hambre*. Por eso el mundo desconocido se toma familiar y gustoso a partir de los sentidos, informan y nutren su hambre interior. Extraigo de su *Autobiografía* dos ejemplos que pertenecen a diferentes tiempos ya diferentes volúmenes para poder apreciar justamente estas características. En el volumen VI, titulado *Sur y Cia.* expresa así su primer contacto con Estados Unidos:

Primeros soles tibios de Manhattan, mañanas de primavera cálida, de un verde tierno, alternando con esas piedras grandes y en la sombra que no encuentra en el *Central Park*, luz de Nueva York, que no olvidé nunca. Esa luz tan brillante sorprende, cuando se llega desde Europa, sobre todo en invierno, deslumbrada como cuando, después de haber atravesado *el puré de*

*un colchón de nubes*, el avión vuela casi de repente bajo la "gran campana o toldo azul" que llamamos cielo<sup>9</sup>.

El discurso de índole impresionista, recobra una mañana llena de luz; los sentidos alerta, el intelecto urgido por expresar en comparaciones inéditas y simples el deleite y el deslumbramiento ante esa nueva naturaleza.

La mujer que recuerda tiene sesenta años, la de la vivencia del viaje a Nueva York para conversar con Waldo Frank sobre el proyecto de la Revista *Sur*, tan sólo cuarenta. Una y otra son inseparables de la niña que descubre y conoce el íntimo lenguaje del cuerpo, de sus sentidos y sentimientos, tan fusionados que no puede desprender unos de otros. Obsérvese ahora en el siguiente fragmento que pertenece a su primer libro, esa íntima comunión cuidadosamente transcrita por Victoria, en su intento de apresar su propia niñez intacta. Tan sólo hay una frase de retorno a su presente: "no se me han olvidado los pañales blancos, con gusto a limón y azúcar" que precisa, justamente lo indeleble del recuerdo y sella su identidad niña-mujer:

Siento terror al entrar en la casa de mis tías. Me esperan. No quiero que me vean el corazón. Tengo que distraerlas, hacerles creer que tengo sed, que tengo hambre, que tengo sueño.

"

Si me besan, me ahogo. Vaya llorar y no quiero, no quiero. Es como si me amenazara un peligro. Me preguntan si estoy contenta de estar de vuelta. Contesto: "¿Puedo tomar agua con pañal?" No se me han olvidado los pañales blancos, con gusto a limón y azúcarO .

[oo.

]

Abuela (la tía Mercedes) limpia las frutillas para los helados, a la tarde. Los platos son blancos, con el borde rosado. Abuela tiene un tamiZ redondo, pone las frutillas limpietas encima y las aplasta con una cuchara de madera blanca. Sale por

debajo del tamiz una casi crema colorada riquísima que poco a poco llena la sopera. Yo no le quito los ojos. Cuando termina, sé que me dejará lamer la cucharaII.

La sobriedad en la descripción, la relación paratáctica de las oraciones, la acumulación y la gradación, precisan cada una, la intimidad del ser que se enfrenta al mundo, ante su propia familia, reconociendo su endeble y tembloroso interior y, al mismo tiempo, esa íntima certeza: "no quiero llorar". Desde niña supo Victoria que no quería mostrar su débil y vulnerable corazón. De allí la frase "no quiero que me vean el corazón". Pues al corazón se lo ve a través de los gestos, a través de los ojos. Desde estos primeros recuerdos aparece la misma estrategia: el desvío. Desde niña trata de desviar la atención, con sus gestos y con sus palabras. La Victoria adulta recurre a frases cortantes, y a los anteojos para no desnudarse en la mirada velando, así, bajo la apariencia de mujer dominante, ese estremecimiento que su altivo corazón desea ocultar.

Es la misma niña-mujer de ojos golosos que saborea con la mirada la pulposa crema de frutillas. Sentimientos, sensaciones, vasos comunicantes que la mirada trasmite y refleja.

El texto siguiente que pertenece a "Hacia el archipiélago" es una evidencia más de lo afirmado. Lo comprobamos a través de las palabras de Victoria que repite las de su madre, quien a su vez recuerda las palabras que el bisabuelo repetía "cuando yo apenas andaba gateando: 'No le hablen tanto a esta niñita. ¿No ven ustedes cómo las mira? Fíjense en su mirada, no la aturdan'"<sup>2</sup>.

Esos ojos de niña impresionable eran el centro de la atención de una familia de grandes emotivos y son los que recorren golosos las limpias frutillas para los helados. La mirada se concentra en los colores, las formas, los utensilios. El discurso acierta a componer una naturaleza viva en la que los sustantivos dibujan y los adjetivos "limpita" y "riquísima", diminutivo y superlativo, extremos de las delicias, definen gratamente ese *sapere* -saber-sabor- característica esencial de nuestra autora.

Sobre esta base fundante articula una variedad de discursos en

forma de diálogo y contradicción: cuerpo-espíritu, persona-sociedad, hija-padres, mujer-hombre. Por eso el texto ofrece variados relieves, marcados gráficamente por signos -paréntesis, guiones, comillas, subrayados- con inclusión de frases en diferentes lenguas, en especial en francés y en inglés.

El discurso responde entonces a una subjetividad de vibrante dinamismo que intenta apresar con precisión: lo más cerca no a la verdad del hecho y lo más cercano a la transcripción en la escritura. A este intento de tenaz veracidad, se agrega el deseo de atraer y mantener al lector cautivo de esta alma necesitada de caudaloso afecto y, por qué no decirlo, de obediente sumisión<sup>3</sup>.

Cristina Arambel-Guiñazú en su estudio sobre Victoria Ocampo destaca en especial este deseo de seducción, al mismo tiempo observa en su escritura un complicado juego de imágenes y la imposibilidad de la captación completa. Considera que en este juego hay siempre una constante: la pérdida, ya que es imposible la recuperación total por la memoria de las primeras vivencias y de nuestra historia<sup>4</sup>.

A pesar de ello Victoria consigue transmitir las vibraciones de su intimidad intensamente. De allí que sea el género autorreferido el cauce apropiado ya que puede como en ningún otro reflejar este aprecio por la propia vida. La escritura, como regodeo memorioso, es también el reflejo de su tenaz narciso interior.

Sin embargo no debemos olvidar que todo lo subjetivo, de acuerdo con los cánones de la modernidad, era considerado de rango inferior. Y también en este aspecto Victoria marca un nuevo rumbo para la mujer argentina. Anclada en una tradición familiar, pone sin embargo la vista en el futuro, en la avanzada de lo que se estila, se piensa o se quiere entre sus coetáneos.

Como los hombres estimados progresistas, siente que debe rendir cuentas del empleo de su propia vida, a sí misma en primera instancia, y luego a sus contemporáneos. Además de saberse testigo de su tiempo y apelar al juicio del lector es consciente de sus propias capacidades y siente con el siglo que puede cambiar la fisonomía cultural de su país. Su potencia espiritual e intelectual pudo transfor

mar la realidad. Prueba de ello es la Revista *Sur* que fundara en la aciaga década del 30 como un puente de cultura y que sostuviera financieramente por décadas.

Victoria además de saberse tésigo de su tiempo y demandar el juicio crítico del lector, está convencida de que su testimonio, o "caleidoscopio" como ella lo denominara inicialmente, será siempre un modo de asumir *responsablemente* su papel gravitacional frente al porvenir. También en la huella de la modernidad se afianza su tendencia a explorar la conciencia, campo de la riqueza íntima con toda su fuerza constructiva, porque

En todos nosotros se agitan, eternamente, pequeños objetos coloreados, pensamientos, sueños, emociones, recuerdos. En todos nosotros un juego de espejos y de tumulto cotidianos combinados reagrupa esos pequeños objetos que no cambian, dándonos la ilusión de una variación infinita sometida a leyes de inexorable simetría<sup>15</sup>.

Queda claro que en todo el siglo XX el nombre de Victoria Ocampo está presente y vivo en nuestras letras. Tan tenaz y despier-to como la revista que fundara como puente de cultura. De las innúmeras críticas estimativas sobre su persona y de sus cualidades de escritora, ninguna ha destacado su fervorosa capacidad de amar. y esto es llamativo, porque Victoria Ocampo no es reticente en este aspecto. Su ansia vital, su hambre de lecturas, personas, viajes, se despliega en sus *Testimonios* y en su *Autobiografía* sin soslayar aspectos de su personalidad lindantes con el egocentrismo y tal vez la egolatría, o en sus textos-narciso, tal como los denomina María Cristina Arambel-Guiñazú.

Es innegable que toda escritura autorreferida es egocéntrica, pero no necesariamente toda escritura memoriosa es capaz de mostrar esos aspectos del yo que contrarían las convenciones familiares y sociales de una época. Victoria se atrevió. El primer tomo de su autobiografía *El Archipiélago* es una prueba fehaciente de la aceptación de sí misma, en su enclave histórico y social, con ese loco

corazón amante de la vida, siempre dispuesto a sortear las más atrevidas propuestas y a realizadas con valor.

## RESUMEN

*Este trabajo se dedica en especial al estudio del primer volumen de la Autobiografía de Victoria Ocampo, denominada El Archipiélago. Si bien partimos de la convicción de que la escritura refleja la época y el medio en el que surge, este análisis no pretende validar de modo exclusivo este enfoque, sino insertarse antropológicamente en las actitudes vitales que conducen, partiendo del discurso creativo-confesional, al testimonio sobre la realidad argentina.*

*Entre las escritoras de comienzo de siglo -Delfina Bunge, María Rosa Oliver, Norah Lange- Victoria Ocampo se destaca por una búsqueda lúcida y autónoma en donde la reflexión prepondera y encuentra en el discurso autorreferido el modo más acertado de ser testigo-protagonista y crítico a la vez. Sus alegatos -condicionados por circunstancias personales- aciertan a constituir en su conjunto, un archipiélago fundante de intenso y fecundo diálogo con políticos, escritores, músicos de diferente origen.*

*En este marco apreciativo se destacará la importancia de sus "recuerd-s de infancia" y de sus "testimonios" sobre nues.tra sociedad, en el medio siglo que nos antecede.*

*Bite primer volumen, de los seis que componen su Autobiografía, se suma al ya creciente corpus de la literatura autorreferida en la Argentina y favorece los estudios específicos sobre los "recuerdos de infancia" como un género discursivo que participa tanto de la autobiografía propiamente dicha como de la novela lírica.*

## NOTAS

José Ortega y Gasset. "Sobre unas memorias". En: *Obras Completas* (1917-1928). 4<sup>o</sup> ed. Madrid, Revista de Occidente, 1957, tomo III p. 589.

<sup>2</sup>*Ibid*

<sup>3</sup> El 4 de abril de 1920 publica "Babel", su primer artículo en *La Nación*. En él expone sus reflexiones sobre la igualdad y desigualdad de los seres humanos.

<sup>4</sup> José Ortega y Gasset. *Op. cit.*, p. 591.

<sup>5</sup> Victoria acampo. *Autobiografía VI. Sur y Cia*. Buenos Aires, Sur, 1984, p.13.

<sup>6</sup>*Ibid.*

<sup>7</sup> Victoria acampo. *Op. cit.* 1, p. 71.

<sup>8</sup>*Ibid.*, pp. 13-14.

<sup>9</sup> Victoria acampo. *Autobiografía VI. Sur y Cia*. Ed. cit., p. 67. (Lo destacado es mío).

<sup>10</sup>*Ibid.*, p.29.

<sup>11</sup>*Ibid.*, p. 20.

<sup>12</sup>*Ibid.*, p.70.

<sup>13</sup> En una entrevista televisiva por A TC (ARGENTINA), Adolfo Bioy Casares, en julio de 1994, compara los talentos de Silvina y de Victoria. Bioy no titubeó en afirmar la actitud introspectivo-afectiva de su esposa, tan diferente de la de Victoria, a la que calificó de dominante, imperiosa y exigente.

<sup>14</sup> María Cristina Arambel-Guifiazú. *La escritura de Victoria Ocampo. Memorias, seducción, "co//age"*. Buenos Aires, Edicial, 1993, p. 112.

<sup>15</sup> Victoria Ocampo. "Carta al lector a propósito del título". En: *Testimonios Tercera Serie*. Buenos Aires, Sudamericana, J 946, p. 8.